

EL EVANGELISTA PROCLAMA QUE JESUCRISTO ES EL UNICO CAMINO Y PIDE UNA RESPUESTA DE FE

Ajith Fernando

Afirmar la singularidad de Cristo es una de las cosas que la iglesia necesita hacer con mayor urgencia en la actualidad. En la mayoría de los países del mundo, el pluralismo es la forma principal de encarar la religión. Y el pluralismo no responde bien a nadie que sostenga que su camino es supremo, el único camino para la salvación. En muchos países, cuando afirmamos que Cristo es único, las personas dicen que somos como los gobernantes coloniales en el pasado, que justificaban la dominación y explotación de otras personas con el argumento de que la cultura occidental era superior a la suya. Además, los llamados “fundamentalistas” del budismo, hinduismo e islamismo consideran que nuestra práctica del evangelismo con el fin de lograr conversiones es una amenaza directa para sus planes para sus naciones. Aun dentro de la iglesia, muchos cristianos niegan o se sienten avergonzados por esta verdad. Aparentemente, el mundo entero es hostil a nuestra afirmación de la singularidad de Cristo.

Sin embargo, creo que quienes han venido a esta conferencia estarán de acuerdo con mi afirmación de que la Biblia declara sin lugar a dudas que Jesús es el único camino para la salvación. Citaré sólo tres pasajes bíblicos que lo afirman, para mostrar cuán clara es la Biblia en la expresión de esta creencia: “Yo soy el camino, y la verdad, y la vida; nadie viene al Padre, sino por mí” (Juan 14.6). “Y en ningún otro hay salvación; porque no hay otro nombre bajo el cielo, dado a los hombres, en que podamos ser salvos” (Hechos 4.12). “Porque hay un solo Dios, y un solo mediador entre Dios y los hombres, Jesucristo hombre” (1 Timoteo 2.5). Juan 14.6 nos presenta una defensa completa de la singularidad de Cristo. Como el Camino, él es único, porque es sólo por medio de él y de su obra, que podemos encontrar la salvación. Como la Verdad, él es único, porque sólo él es la verdad absoluta. Mientras otras ideologías pueden tener muchas verdades, Jesús es la Verdad absoluta. Como la Vida, él nos abre la posibilidad de experimentar la vida en toda su plenitud. Para esto nos creó Dios, y es la única vida que puede satisfacernos completamente.

Pero en la actualidad, esta creencia está siendo atacada. En este mensaje, espero responder a algunos de los desafíos que debe enfrentar nuestra creencia en la singularidad de Cristo.

UNA MANERA DIFERENTE DE ENFOCAR LA VERDAD

Como dije, la mayoría de los países del mundo tienen una actitud pluralista con relación a la verdad; es la postura que sostiene que la verdad absoluta no existe. La expresión “verdad absoluta” significa para nosotros una verdad tan perfecta y completa que todas las personas de todo lugar deben someterse a ella. Por el contrario, ellos dicen que la verdad es personal o subjetiva, es decir, que tiene que ver con las experiencias de cada persona. La verdad se descubre por medio de la experiencia, y no es necesariamente

revelada en forma infalible por un Dios supremo. Esta ha sido la postura con respecto a la verdad que han sostenido durante siglos religiones asiáticas como el budismo o el hinduismo. Pero recientemente también se ha popularizado en el mundo occidental. Se dice que Occidente ha entrado en la era posmoderna. En la era moderna se ponía mucho énfasis en hacer que nuestras vidas y actividades fueran moldeadas por la verdad objetiva, es decir, una verdad que está fuera de nosotros mismos. Algunos ejemplos de elementos objetivos que daban forma a nuestra vida podrían ser las normas sociales, las leyes científicas, la Biblia y Dios. En la actualidad, los occidentales dicen que esta sujeción a la verdad objetiva ha convertido a las personas en máquinas, de manera que su libertad y sus experiencias personales fueron dejadas de lado. Ahora el énfasis está en la verdad subjetiva, una verdad personal según la experiencia propia. “Usted tiene su verdad, y yo tengo mi verdad. Y mi verdad es tan válida como la suya.” Podemos ver que las personas que enfocan la verdad de esta manera objetarían a la afirmación cristiana de que Jesús es la verdad absoluta para todo el mundo, y que, por lo tanto, él es el único camino para la salvación.

Naturalmente, Jesús sabía que muchas personas pondrían objeciones a su afirmación de que él es el único camino hacia Dios, la verdad y la vida. Por eso, en el mismo capítulo, nos da evidencias que apoyan su afirmación. En el siguiente versículo dice: “Si me conocieseis, también a mi Padre conoceríais; y desde ahora le conocéis, y le habéis visto” (Juan 14.7). Esto es afirmar que él es igual a Dios mismo. Desde el primer capítulo del evangelio de Juan encontramos la proclamación de la verdad de que Jesús es el gran Dios que creó el universo. Si Jesús es el Creador del universo, entonces podemos comprender que afirme ser el Señor absoluto del universo. Y si es Dios, y el Señor absoluto del universo, sin duda será la fuente de la verdad absoluta.

Pero muchos objetarán su afirmación de que es igual a Dios. Jesús lo previó, y dio evidencias para apoyar esta afirmación también. En el versículo 10 dice que sus palabras demuestran que es igual a Dios: “¿No crees que yo soy en el Padre, y el Padre en mí? Las palabras que yo os hablo, no las hablo por mi propia cuenta, sino que el Padre que mora en mí, él hace las obras” (Juan 14.10). Naturalmente, sabemos que muchas veces, en sus enseñanzas, Jesús afirmó y proclamó su señorío y deidad absolutos. ¡Pero algunos objetarían estas afirmaciones! Jesús previó esto también, y en el versículo 11 dijo: “Creedme que yo soy en el Padre, y el Padre en mí; de otra manera, creedme por las mismas obras.” Aquí está diciendo que si no podemos creer sus palabras, entonces deberíamos observar sus acciones. Lo que vemos es que era un buen hombre que hizo algunas afirmaciones sorprendentes y las apoyó con su vida pura y con sus milagros. Como se ha dicho con frecuencia, una persona que hace tales afirmaciones debe ser un mentiroso, un lunático, alguien que está totalmente equivocado o engañado con respecto a sí mismo, o debe ser realmente quien dice ser. Cuando observamos su vida, no podemos decir que fuera un mentiroso o un lunático, o que estuviera engañándose a sí mismo. Su vida nos obliga a tomar en serio sus palabras, ¡y sus palabras proclaman que él es el único y absoluto Señor del universo!

Si la Biblia presenta la singularidad de Cristo en forma tan clara, ¿cómo pueden las personas rechazar esta creencia en la actualidad? Quisiera presentarles dos formas muy comunes de considerarlo.

Algunos dicen que lo que los evangelios registran como las palabras de Jesús no son necesariamente lo que él dijo en realidad. En cambio, lo que tenemos es lo que la iglesia primitiva creía sobre Jesús. Se dice que esto es particularmente cierto de las afirmaciones en el evangelio de Juan, que contiene mucha teología. Estas personas dicen que el hecho de que contenga tanta teología es señal de que el autor no está interesado en la historia. Por consiguiente, pueden desestimar las afirmaciones sobre la singularidad de Cristo, señalando que Jesús, en realidad, no las hizo. Pero cuando leemos los evangelios, vemos que los autores de los mismos estaban sumamente interesados en escribir lo que realmente había sucedido en la vida de Jesús, y no sólo lo que la iglesia creía acerca de él. El evangelio de Lucas comienza con estas palabras:

Puesto que ya muchos han tratado de poner en orden la historia de las cosas que entre nosotros han sido ciertísimas, tal como nos lo enseñaron los que desde el principio lo vieron con sus ojos, y fueron ministros de la palabra, me ha parecido también a mí, después de haber investigado con diligencia todas las cosas desde su origen, escribírtelas por orden, oh excelentísimo Teófilo, para que conozcas bien la verdad de las cosas en las cuales has sido instruido (Lucas 1.1-4).

Lucas ciertamente se esforzó por escribir lo que Cristo realmente había dicho y hecho. Es interesante notar que, de los cuatro evangelios, Juan es el que nos da más detalles temporales, geográficos, sociales y políticos. Juan estaba interesado en los detalles históricos, y en los casos en que fue posible, se ha verificado que estos detalles eran correctos. Se han escrito libros enteros sobre este tema. Quisiera decir que los autores escribieron como si estuvieran escribiendo historia. Escribieron en una época en que la memoria de las personas era mucho mejor que la nuestra, debido al sistema de educación que habían adoptado. Escribieron relativamente poco después de sucedidos los hechos, sobre eventos y enseñanzas que consideraban de una importancia vital. Seguramente muchas personas sabían lo que Jesús había dicho. Si Jesús en realidad no había dicho lo que los evangelios dicen que había dicho, ¿no sería de esperar que otros cristianos refutaran la validez de esos relatos? Después de todo, para los cristianos primitivos era muy importante ser honestos y decir la verdad. Después de todo, el ministerio de Jesús había sido público, y muchas personas habían escuchado sus afirmaciones. La conclusión más razonable es que lo que ellos escribieron es un relato exacto de lo que Jesús hizo y dijo. En los evangelios vemos a este hombre perfecto afirmando que él es el Señor absoluto, y haciendo milagros que apoyan su afirmación. Seremos sabios en aceptar las palabras de este gran hombre.

Otra forma de evadir las enfáticas afirmaciones acerca de Jesús en la Biblia es decir que al decir que él es el único camino de salvación, no estaba negando que otras religiones pudieran ser caminos de salvación. Quienes sostienen esta postura dicen que afirmaciones como las de Juan 14.6 enseñan que Jesús es el único camino para la salvación... para los cristianos. Dicen que él no habla de cómo pueden ser salvas las personas que pertenecen a otras religiones. Quisiera decir que esto es totalmente contrario al claro significado de

estos pasajes en su contexto. Los apóstoles creían, sin dudas, que la única forma en que cualquier persona, de cualquier lugar, podía ser salva, era a través de la fe en Jesús. Juan 3.16, el conocido pasaje sobre el camino de salvación a través de Cristo, dice: “De tal manera amó Dios al mundo.” En la Gran Comisión se hace un llamado a “hacer discípulos a todas las naciones” (Mateo 28.19). En Hechos 1.8, Jesús dice que debemos ser testigos “hasta lo último de la tierra.” Cuando ellos pensaban en la salvación a través de Cristo, pensaban en todo el mundo.

Este segundo argumento que acabamos de considerar es similar a otro que muchas personas sostienen hoy en día. Dicen que la doctrina de la singularidad absoluta de Cristo se hizo popular en Occidente, donde el cristianismo fue la única religión durante siglos. Pero ahora, a medida que los cristianos occidentales se encuentran con personas de otras convicciones religiosas que han venido a sus países, se ven forzados a reemplazar esta doctrina con un enfoque más pluralista. Es cierto que el cristianismo quizá haya sido la única religión en Occidente durante un largo tiempo, pero sin duda no era la única religión en el primer siglo, cuando se formuló por primera vez esta doctrina. Con excepción de los judíos, los demás pueblos que vivían en el Imperio Romano en el primer siglo eran muy pluralistas. Pero de ese contexto vino la doctrina de la absoluta singularidad de Cristo. ¿Y qué hablar de nuestras sociedades, en Asia? En Colombo, donde crecí, a tres casas de distancia de la mía había un templo budista, una familia budista, una familia hindú, una familia musulmana sunita y una familia musulmana chiíta. Y éramos amigos de todas estas personas. Pero debimos enfrentar la inequívoca enseñanza de la Biblia en el sentido de que Jesús es el único camino para la salvación. Y la creímos, porque creímos en las palabras de Jesús.

La Biblia, entonces, nos confronta con la impresionante verdad de la singularidad de Cristo. Ahora bien, en este sentido, me preocupa algo con relación al movimiento evangélico. En gran medida, la forma en que atraemos a las personas hacia Cristo en la actualidad es por medio de la experiencia que él les ofrece. Muchas veces, las personas se hacen cristianas al experimentar el poder de Cristo sobre las cosas que les producen temor. Esto es, indudablemente, válido, y el Libro de los Hechos muestra que es la forma en que muchas personas se acercaron a Cristo. Este método de atraer a las personas al evangelio es muy apropiado en esta generación posmoderna en que las personas ponen un énfasis especial en la experiencia. Podemos utilizar ese énfasis para demostrar a las personas que sólo Jesús abre las puertas a una experiencia realmente significativa. Ese es un aspecto de la singularidad de Cristo, y está implicado en su afirmación de que él es la vida. Sin embargo, en el Libro de los Hechos, aunque la experiencia era lo que hacía que las personas se acercaran a Cristo, el mensaje que se predicaba se concentraba principalmente en la verdad del evangelio. El tema principal de los mensajes del Libro de los Hechos es la naturaleza y la obra de Dios y de Cristo.

Mucho me temo que hoy, además de nuestras acciones, nuestra predicación se basa principalmente en la experiencia, por lo que las personas piensan en el cristianismo fundamentalmente en relación con las experiencias que han tenido, más que con la supremacía de Cristo y su obra. Las demás religiones también ofrecen experiencias emocionantes a las personas. Y los cristianos pasan momentos oscuros cuando sus

experiencias no son como ellos desean que sean. Por lo tanto, éste es un fundamento inestable para edificar nuestra fe sobre él. Otras religiones pueden ofrecer experiencias emocionantes, pero no tienen la persona y la obra de Cristo. Y ése es el corazón del cristianismo. Cuando los cristianos se concentran casi totalmente en la experiencia, pueden terminar dejando de lado su creencia en la singularidad del cristianismo, porque han descuidado los aspectos vitales que marcan la diferencia radical entre el cristianismo y otras confesiones religiosas. En realidad, algunos llamados “convertidos” se sentirían tentados a probar otra fe cuando pasan por una experiencia difícil. Después de muchos años de ministerio evangelístico con personas que no son cristianas, he llegado a la conclusión de que la mayoría de las personas se acerca a Cristo porque creen que él puede satisfacer sus necesidades; pero se convierten en cristianos maduros cuando llegan a la conclusión de que el evangelio es la verdad, la verdad absoluta. Por lo tanto, debemos concentrarnos en la verdad del evangelio en nuestra predicación. De otra manera, podríamos estar abriendo la posibilidad de que los evangélicos lleguen a descartar la singularidad de Cristo.

NUESTRA META ES PERSUADIR

Ahora bien, si realmente creemos que Cristo es el único camino para la salvación y que las personas están perdidas sin él, esto nos da un sentido de urgencia. Entonces diremos, con Pablo: “Porque me es impuesta necesidad; y ¡ay de mí si no anunciare el evangelio!” (1 Corintios 9.16). Esta convicción ha motivado heroicos compromisos para con la causa del evangelio en la historia de la iglesia. Hudson Taylor, el gran misionero a China, dijo: “Yo nunca habría pensado en ir a la China si no hubiera creído que los chinos estaban perdidos y necesitaban a Cristo.”

Cuando proclamamos el evangelio, deberíamos intentar persuadir a las personas de que acepten su mensaje. Si están perdidos sin Cristo, y si la única forma de que sean salvos es que se vuelvan de sus antiguos caminos y confíen en Cristo, entonces debemos trabajar con sus mentes hasta que tomen la decisión de confiar en Cristo. En el Nuevo Testamento se utilizan diversas palabras para referirse a esta acción. El verbo “persuadir” (*peithō*) es utilizado al menos 8 veces en Hechos, para referirse al evangelismo que practicaban los cristianos primitivos. Ellos razonaban con las personas hasta que ellas cambiaban su manera de pensar y dejaban sus viejos caminos para seguir a Cristo. Por ello, los evangelistas que vemos en Hechos siempre llamaban a las personas a responder personalmente al mensaje. De los siete mensajes evangelísticos que se registran en Hechos, sólo el de Listra no hace referencia a una respuesta (Hechos 14.15-17). Pero éste fue el mensaje que Pablo no pudo completar porque los judíos de dos ciudades cercanas causaron alboroto (14.19). De los otros seis mensajes, en cuatro de ellos los evangelistas advierten al pueblo (13.40-43) o lo llaman a responder al mensaje con arrepentimiento, fe y bautismo (2.28-40; 3.19-26; 17.30). En dos mensajes, las personas responden aun antes que se haga el llamado (8.36; 10.44). El evangelismo bíblico, entonces, proclama osadamente a Cristo e insta a las personas a consagrarse a él.

INTOLERANCIA

Pero en la actualidad, cuando utilizamos la persuasión para proclamar el evangelio, se nos acusa de ser irrespetuosos e intolerantes. Esto es extraño, porque la persuasión es utilizada diariamente en muchas esferas de la vida. Los publicistas intentan persuadirnos de que compremos ciertos productos, y los políticos desean persuadirnos de que aceptemos sus políticas y votemos por ellos. Pero cuando se trata de religión, este enfoque de la comunicación es considerado inadecuado. Cierta vez, Mahatma Gandhi dijo a su amigo, el misionero E. Stanley Jones: “No intente propagar su fe; sólo vívala. Sea como la rosa, que, sin una palabra, exhala silenciosamente su perfume y atrae la atención de la gente.” Jones respondió recordando al Sr. Gandhi que él era el más grande de los propagandistas, ya que trataba de propagar sus puntos de vista sobre la independencia y la libertad a Gran Bretaña y al mundo entero.

El Obispo Stephen Neill ha hablado de “la terrible y necesaria intolerancia de la verdad.” Siempre respetamos a las personas. Nunca las tratamos como inferiores a nosotros. Pero, cuando sabemos que Jesús es la Verdad y que otros caminos no las llevarán a la salvación, debemos ser intolerantes con la mentira que las ha hecho desviar, aunque siempre respetaremos a la persona que tiene esta posición. Así que nuestra percepción de la verdad hará que deseemos persuadirlas de la verdad. Pero nuestro respeto por ellas influirá en la forma en que presentaremos nuestro mensaje.

Quisiera destacar tres formas irrespetuosas de persuasión que debemos evitar. La primera es el imperialismo cultural; es decir, imponer nuestra cultura sobre las personas y hacer que rechacen las muchas cosas buenas que su propia cultura tiene. Por el contrario, debemos tratar de entenderlas a ellas y a sus culturas, y apreciar los puntos favorables que las mismas tienen. Pero al mismo tiempo que afirmamos todo lo bueno que hay en sus culturas, siempre trataremos de llevarlas al punto en que se arrepientan de su incredulidad y crean en Cristo, porque sabemos que la incredulidad es rebelión contra Cristo. Y eso es un asunto terriblemente serio.

La segunda forma irrespetuosa de persuasión es la imposición. La imposición se produce cuando se utilizan el poder y la autoridad para forzar a las personas a seguir la religión cristiana. Esto fue lo que sucedió en Europa en el siglo XIII, cuando la Iglesia Católica Romana creó la Inquisición para combatir la herejía. Se produce cuando los jefes o padres usan su autoridad para forzar a las personas a convertirse en cristianas. Se produjo algunas veces, en la época de la colonia, cuando los misioneros venían acompañando a los conquistadores europeos, y, al hacer del cristianismo la religión oficial de las colonias, obligaron a muchos a aceptarlo para poder sobrevivir y progresar en la sociedad. Deberíamos avergonzarnos de tales cosas.

La tercera forma irrespetuosa de persuasión es la manipulación. Ésta se produce cuando usamos cosas extrañas al corazón del evangelio para inducir a los demás a aceptar el cristianismo. Algunas veces los cristianos dan a las personas incentivos materiales, como la promesa de un trabajo o una ayuda, que son utilizados como sobornos para inducirlos a convertirse en cristianas. La manipulación puede producirse cuando se movilizan las

emociones de las personas para que acepten el cristianismo, en una forma que no implica un uso lógico de la mente. Un ejemplo sería cuando se concluye un mensaje evangelístico cargado de emoción, con una historia altamente emotiva, e inmediatamente después, se hace una invitación al discipulado. Algunos quizá respondan debido a su estado emocional, más que porque han reflexionado sobre las implicaciones del mensaje. También se practica la manipulación en las sectas, cuando se “doblega la mente”, o se hace un “lavado de cerebro” por medio de la presión mental, de manera que las personas no pueden tomar una decisión libre e inteligente acerca de lo que se les está imponiendo.

La persuasión bíblica es, en realidad, una expresión de nuestro respeto por los seres humanos. El Señor supremo de la Creación, Dios mismo, no fuerza su verdad sobre las personas, sino que las invita a razonar con él (Isaías 1.18). De la misma manera nosotros, como siervos suyos, debemos respetar la libertad de decisión de las personas y darles la oportunidad de dar una respuesta razonada al mensaje de Jesús.

ARROGANCIA

Otra acusación común contra nosotros cuando afirmamos que Cristo es único y trabajamos para recibir una respuesta al evangelio, es que estamos siendo “arrogantes”. Hace muchos años, el periodista británico G. K. Chesterton observó que la perspectiva de la humildad estaba cambiando en dirección equivocada, y dijo que ya no se refería a la opinión de uno mismo, como debería ser, sino que ahora se refería al concepto de la verdad, cosa que no debería suceder. Mientras anteriormente la humildad era juzgada en relación con la opinión de una persona sobre sí misma, ahora se la juzga en relación con la forma en que una persona entiende la verdad. Por lo tanto, cuando afirmamos que Cristo es absolutamente único, somos acusados de arrogancia. Pero debemos recordar que la singularidad de Cristo no es una idea que nosotros tenemos acerca de él, sino un hecho con el que Cristo nos confronta. Él se nos presenta en forma inequívoca como absolutamente único. Depende de nosotros aceptarlo o rechazarlo. Yo sostengo que la verdadera arrogancia es rechazar lo que el Señor del universo dice acerca de sí mismo. ¿Quiénes somos nosotros para ponernos en contra de Jesús y rechazar lo que dice, porque no encaja con nuestras ideas? ¿No es arrogancia de nuestra parte, como seres humanos falibles, decir que la forma en que nosotros vemos a Cristo debe reemplazar a la forma en que él se ve a sí mismo?

Pero se nos acusa precisamente de esto, y debemos responder a tal acusación. Lo primero que podemos decir aquí es que la misma naturaleza del evangelio hace que sea imposible para un verdadero cristiano ser arrogante. Pablo dice específicamente que la forma en que somos salvados no deja motivo para la arrogancia (Efesios 2.8-9). Cristianos son los que han aceptado su total incapacidad para salvarse a sí mismos, y están maravillados por el hecho de que Dios haya tenido misericordia de ellos. Tal sensación de asombro hace que dejemos de prestar atención a nosotros mismos y estemos llenos de gratitud hacia Dios, por su gracia. Quienes tienen la mirada fija en Dios no pueden ser arrogantes. Pero están tan llenos de entusiasmo por el evangelio, que sienten urgencia en su deseo de compartirlo con otros.

Hace muchos años, en Inglaterra, había un niño muy pobre cuyo padre había muerto, y que caminaba con mucha dificultad porque tenía un pie deforme. En ese tiempo, un cirujano, en Londres, acababa de perfeccionar la operación que podía corregir su deformidad. Un amigo acaudalado hizo los arreglos necesarios para que este niño pudiera ir a Londres y ser operado. La operación fue un éxito, y un día, la madre recibió un telegrama diciendo que el hijo volvería a casa en determinado tren. Ansiosa, fue a la estación. Cuando el niño bajó del tren, se dirigió a su madre y comenzó a decirle: “Mamá, yo...” Pero la madre lo detuvo, diciendo: “Hijo, no digas ni una palabra. Sólo camina por la plataforma, deja que te vea caminar.” El niño lo hizo, y luego volvió junto a su madre e intentó hablar nuevamente. Una vez más la madre dijo: “Hijo, sólo una vez más, déjame ver cómo caminas.” Cuando lo hubo hecho, su madre quedó satisfecha, y el niño pudo decirle lo que deseaba decir. “Mamá,” le dijo, “no me quedaré tranquilo hasta que conozcas al cirujano en Londres. ¡Es el hombre más maravilloso del mundo!” ¿Es esto arrogancia? No; es un gozoso entusiasmo.

Lo mismo sucede con nosotros. Después de conocer lo que conocemos, y experimentar lo que experimentamos, debemos compartir el mensaje del evangelio. Cuando Pedro y Juan recibieron la orden de no hablar ni enseñar en el nombre de Jesús, respondieron: “No podemos dejar de decir lo que hemos visto y oído” (Hechos 4.20). Después de decir que estaba ansioso por predicar el evangelio en Roma (Romanos 1.15), Pablo continuó explicando la razón de tal urgencia: “Porque no me avergüenzo del evangelio, porque es poder de Dios para salvación a todo aquel que cree” (Romanos 1.16).

Por esto, por un lado, proclamamos el evangelio osadamente porque sabemos que Cristo es el único camino para la salvación. Por otro lado, lo hacemos con gran humildad, porque sabemos que no merecemos la salvación en lo más mínimo. Esta combinación de osadía y humildad es difícil de comprender para muchas personas, ya que en muchas religiones, la salvación es algo muy difícil de lograr, dado que se obtiene por medio del esfuerzo propio. Una vez le preguntaron a Gandhi qué pensaba del misionero E. Stanley Jones, y él respondió: “Es un buen hombre, pero está demasiado orgulloso de su religión.” Cuando le contaron esto a Jones, éste respondió que Gandhi tenía razón, según sus propios parámetros. Para Gandhi, la salvación era el resultado de un duro trabajo. Ganar la salvación es tan difícil como intentar vaciar un océano con las manos. Si los que creen que la salvación se gana con sus propios esfuerzos están seguros de que son salvos, entonces pueden estar orgullosos de sus logros. Pero los cristianos no podemos ser orgullosos, porque sabemos que la salvación es obra de la gracia de Dios, y no resultado de nuestro trabajo.

Debemos tratar de explicar esto a quienes nos critican. Pero les resultaría muy difícil de comprender. Sin embargo, estoy convencido de que una vida de santidad y humildad los impresionaría. La Biblia señala claramente que quienes proclaman el señorío de Jesús son, al mismo tiempo, siervos de las personas a quienes proclaman ese mensaje. Pablo dijo a los corintios: “No nos predicamos a nosotros mismos, sino a Jesucristo como Señor, y a nosotros como vuestros siervos por amor de Jesús” (2 Corintios 4.5). También dijo: “Siendo libre de todos, me he hecho siervo de todos para ganar a mayor número”

(1 Corintios 9.19). Nuestro modelo es Jesús, quien “se despojó a sí mismo, tomando forma de siervo” (Filipenses 2.7). Creo que este principio de ser siervos tiene muchas aplicaciones para el ministerio de los evangelistas en la actualidad.

Recientemente se ha producido un necesario redescubrimiento de la verdad de que cuando predicamos el evangelio, estamos entrando en guerra espiritual. Esto es bueno, pero a veces, algunos cristianos, al enfrentarse a la oposición humana, actúan de la misma forma que lo harían si lucharan contra fuerzas demoníacas; y quizá ataquen a las personas, cuando en realidad deberían amarlas. Cierta vez, el gran evangelista indio Sadhu Sundar Singh estaba proclamando el evangelio a orillas del río Ganges, en un lugar llamado Rishi Kesh. Entre el público había varios hindúes y otros devotos. Uno de ellos tomó un puñado de arena y lo echó a los ojos de Singh. Otras personas del público, indignadas por este ataque, entregaron al hombre a un policía, mientras el predicador se quitaba la arena de los ojos. Al regresar y darse cuenta de que el hombre había sido entregado a la policía, Sundar Singh rogó que fuera liberado, y cuando lo logró, continuó con su prédica. Esta actitud sorprendió tanto al hombre, Vijayanada, que cayó a los pies del evangelista, rogándole que lo perdonara y declarando que deseaba conocer más sobre lo que él estaba diciendo. Después, el hombre acompañó a Sundar Singh en sus viajes. Este tipo de respuesta a un enemigo es un verdadero desafío para quienes consideran que somos arrogantes porque predicamos un evangelio único.

Algunas veces, cuando no tenemos en cuenta los sentimientos y los deseos de quienes no son cristianos, podemos dar la idea de que somos arrogantes e intolerantes. Algunas veces, los cristianos, convencidos de que el Señor soberano del universo les ha dado autoridad para adorarlo libremente, oran con gritos tan fuertes que molestan a sus vecinos. Esto se ha convertido en un gran problema en muchos lugares muy pobres del mundo en que los edificios de las iglesias no tienen aire acondicionado y el sonido se propaga por el vecindario. Como consecuencia, se produce una oposición al evangelio totalmente innecesaria. El hecho de creer en la singularidad absoluta de Cristo y la prioridad de su programa en la Tierra no debe hacer que seamos insensibles hacia los demás. Jesús dijo: “Todas las cosas que queráis que los hombres hagan con vosotros, así también haced vosotros con ellos” (Mateo 7.12). Esto sin duda se aplica a nuestras relaciones con los que no son cristianos.

Por ello, en esta era en que tanto los pluralistas como los fundamentalistas atacan nuestra creencia de que Cristo es único, es muy necesario que vivamos como siervos de las personas. Si nos ven como verdaderos siervos, tanto de los amigos como de los enemigos, a nuestros oponentes les será difícil atacarnos. Quizá esto los desafíe a pensar en forma positiva sobre la verdad del evangelio. El año pasado, cuando el misionero australiano Graham Staines y sus dos hijos fueron asesinados en la India, la mayoría de los hindúes se sintieron terriblemente avergonzados. Sin duda este sentimiento fue acentuado por el hecho de que los Staines eran siervos del pueblo, y trabajaban con gran sacrificio entre los leprosos. Sumado a esto, las increíbles expresiones de verdadero perdón cristiano de la Sra. Staines les dieron mayor crédito entre la gente de buena voluntad.

¿Qué pasaría si muchos más cristianos adoptaran un estilo de vida de servicio en amor? Al principio, quizá se burlen de nosotros y nos exploten. Pero pronto deberán reconocer el poder de este testimonio, y quizá se abra una puerta para que muchos acepten el mensaje de un Cristo único, que ahora rechazan. Jesús dijo: “Así alumbre vuestra luz delante de los hombres, para que vean vuestras buenas obras, y glorifiquen a vuestro Padre que está en los cielos” (Mateo 5.16). Todo esto tiene mucha importancia en la discusión sobre la singularidad de Cristo, ya que una de las características de ese carácter único de nuestro Señor es la diferencia que Cristo marca en las vidas de sus seguidores.

CONCLUSIÓN

Finalmente, quisiera volver a algo que ya he dicho antes. La singularidad de Cristo no es simplemente una idea que tenemos de él, una creencia que algunos cristianos sostienen. Es un hecho con el que Cristo nos confronta y que nos es imposible ignorar. Si aceptamos este hecho, tendremos que ir y proclamarlo a todos los que podamos, porque es su única esperanza de salvación. Y si debemos cambiar nuestro estilo de vida y sufrir para hacerlo efectivamente, lo haremos con agrado, porque la tarea es muy urgente. Seamos fieles a ella.